CANTO XVII.

REY DEL CIELO.

ARRANCAD, O PRINCIPES, VUESTRAS PUERTAS:
ELEVAOS OH PUERTAS DE LA ETERNIDAD, Y ENTRARA
EL REY DE LA GLORIA

Ps, 23 v. 7

Era Cristo inmortal; ya de inmortales
Merecidos honores circundado,
Y quebrantar debiendo nuevamente
A la muerte feroz; los celestiales
Palacios á su Rey, tan suspirado
Ya reclamaban con ardor creciente;
Y todavía en la tierra procuraba
Retardar su demora, cual si fuera
Frágil aún mortal: tedio ni hastío
Del hombre á quien amara lo hostigaba;
Y ni molesto, ni afrentoso le era
El recordar que por el hombre impío
Lo más infame, cruel é ignominioso
Había apurado; y en sus piés miraba
Y en sus manos y pecho, las amables
Señales. Con frecuencia, ya glorioso
Con los suyos como antes conversaba;
Y sus heridas les hacía palpables
En su inmortal humanidad sensible;
Y aún á Tomás él hubo concedido
Que en sus llagas el dedo introdujera,
Y su costado fuérale tangible,
¡Oh gran bondad! y no le fué prohibido
Lo que él con arrogancia pretendiera.
Después á otros dos en apariencia
De peregrino, se les hace al frente;
Y envueltos de la duda en los nublados,
Les pregunta con plácida insistencia:
¿Por qué de ellos la paz se encuentra ausente,
Qué congoja los tiene así angustiados:
Y óyelos de sí mismo refiriendo

Su reciente pasión tan cruel y amarga.
Y él les enseña que forzoso esto era,
Paso en sus dudas á la luz abriendo:
Y una marcha finjiéndoles más larga,
Seguir en su camino pretendiera.
Pero le ruegan con tenaz porfía,
Y le impiden que siga hacia delante;
Y lo conocen mientras, de costumbre
Con sus manos el pan les dividía;
Mas huye de sus ojos al instante,
Y los deja en amarga pesadumbre.
Y á tí bajo el aspecto de hortelano,
Visible se te muestra ¡oh Magdalena!
Y ¡oh! cómo en sus preguntas más envuelve
A tus ojos su aspecto soberano:
¿Por qué lloras mujer, ¿quién en tu pena
Con ansia buscas? y tu llanto vuelve
A romper, tus mejillas inundando;
Mientras, fuera de tí por la dolencia,
Que era ignoto hortelano barruntabas,
Y á que te diga le urges, sollozando,
Si él te lo ha hurtado; y ya con impaciencia
A tal carga tus hombros aprestabas.
Mas ¿quién tanto vigor en tí ha infundido?
¿Un cadáver llevar te será dable?
No dudes: á quien buscas éste ha hurtado,
El lo tiene, en sí mismo lo ha escondido,
Con él se identifica; óyelo, amable:
"*María*," ya por tu nombre te ha llamado.
Y ya cuarenta veces impetuoso
Sobre su eje girara el alto cielo,
Alternando la noche con el día;
Y más brillante el sol y esplendoroso
Hasta el zenit tendido había su vuelo:
Cuando Jesús, que ya subir debía
Hácia el radiante Olimpo, á un monte asciende
Que ante Betania alzábase sombrío,
Al que espeso olivar el nombre ha dado
Fragor alguno el aire aquí no hiende;
Ni de ruedas monótono chirrío,
Ni el chasquido del látigo ha sonado
Ni bajar de las nubes por el viento
Se mira aquí flamígera guadriga.
No quiere que su triunfo sea rodeado
De horror y espanto entre convoy sangriento;

Ni al triunfal carro tembloroso siga
Enemigo escuadrón encadenado.
Por su virtud tan solo sostenido;
De sus fieles amigos en presencia,
Con su púdica Madre allí presentes:
Asciende ya de amable luz vestido,
En medio de sin par magnificencia,
A las altas regiones transparentes:
Como el argenteo lago abandonando,
Del Caístro,[1] se eleva silencioso
El cisne, blanco cual la nieve pura,
Poco á poco su vuelo remontando;
Y ni agita sus alas majestuosas
Ya dominando la celeste altura.
Sigue ¡oh! tu vuelo; sigue ¡oh! gloria nuestra;
Sube ya al alto empíreo esplendoroso
Tu solio encumbra, y de tu Omnipotente
Supremo Padre siéntate á la diestra.
Quisiste con tu brazo poderoso
Paso abrirte á ese trono refulgente:
Y aunque tú eres el Hijo, el Heredero,
Vencer quisiste en guerra, y has vencido.
Sube, pues, sube, oh Vencedor deseado,
Disfruta de tu triunfo verdadero;
Ese espléndido trono te es debido,
Lo has con tu mismo brazo conquistado.
Elevábase ya; su gran ventura
Sintió entonces la piedra en que apoyose
Al hacer hincapié, y una sensible
Marca, allí impresa, para siempre dura.
¡Piedra feliz! el dón que en tí grabóse [2]
Será tu posesión inadmisible:
No podrán los píos hurtos numerosos
Menoscabar tu herencia, é intolerable
Bóveda te será ó artesonado
Que te robe los astros luminosos;
Y aún hubieras querido inseparable,
Las huellas de él seguir que en tí ha estampado.
Los humildes collados, los gigantes
Montes inclinan su sel vosa frente
Al mirar á su Rey que va ascendiendo:

1 Lago y río en la Misia (Asia menor) muy celebrado por los cisnes que en sus riberas se criaban.

2 Esto y lo que sigue parece estar conforme con las relaciones que se hacen de la Tierra santa por los que la han visitado.

Sus variados tapetes rozagantes
Ante él extienden, y un aplauso ardiente
Van sus ecos sonoros repitiendo.
Lo ve el aire llegar, y comedido
Por los costados se abre, y alternando
Sus turnos, sube y baja y se desliza
Por todas partes, como de sí henchido;
Y sus húmidas alas agitando,
Le hace sentir su embalsamada brisa.
Manda él entonces irizada nube
Que á su Rey forme pabellón sombrío;
Abre ella luego sus doradas alas,
Y á formarle un dosel rápida sube:
Es de púrpura y oro su atavío,
Y desplegando sus vistosas galas;
Ya desafía la rubicunda aurora,
De Iris desprecia el múltiple ropage,
Y del sol mismo el disco refulgente.
Se abre, entre tanto en ovación sonora
Del Olimpo el soberbio cortinaje,
Y su espléndida corte reluciente
Sale á encontrar al vencedor glorioso,
A quien toda la alada gerarquía,
Al són de ebúrneas cítaras cantando;
Aclama entre el sonido belicoso
De trompetas, en grata melodía
Con himnos mil su triunfo celebrando.
Y al verlo que entra ya, toda al instante
Se postra con profunda reverencia
Y saluda á su Rey, al Rey venera;
En unísono aplauso resonante
De los Padres prorrumpe en su presencia
Y Profetas el coro que lo espera:
Cuyas cadenas y sombrías prisiones,
Que con amargo llanto éste inundara,
Ya había recientemente sacudido
El gran Libertador, y á las regiones
Del empíreo estrellado se elevara,
De ese cortejo espléndido seguido:
Y aquel himno le entonan armonioso,
Que al compás de sus rítmicas dulzuras,
Ya guiaba el Vate insigne coronado:
"Vosotros, guardias del Olimpo hermoso,
Romped ya las eternas cerraduras
Que hasta aquí su dintel tenían guardado.

He aquí, ya viene vuestro Rey triunfante
A un pueblo antes cautivo conduciendo,
Más cautivado aún; todo lo envuelve
Una purpúrea veste rozagante;
Y en su sangre teñido, va ascendiendo,
El vencedor glorioso que ya vuelve.
Con esa misma sangre ha destronado
Al reinador del Erébo sombrío,
Y á la cara en pedazos arrojole
Los cerrojos en que éste había confiado,
Y el cetro de su eterno poderío,
Y á la turba cautiva el cielo abrióle.
Vuestras puertas abrid; sean arrancadas
Ya de sus mismos goznes:" Incansables
Van repitiendo este himno acordemente
Que resuena en las playas estrelladas,
Y otros muchos aún, inenarrables
Por lengua humana, por la humana mente.
El Padre de la humana descendencia
Que á todos nos perdió en aciago día,
Llegaba como atónito; y cayendo
Súbito de rodillas, con vehemencia
Las taladradas plantas oprimía,
Un torrente de lágrimas vertiendo.
Desprenderse de allí, de allí arrancarse
Le era imposible; todo embebecido,
Mil suavísimos besos estampaba;
Ni su llanto podía menoscabarse,
Aunque el júbilo inmenso; desmedido,
Impetuoso en su pecho rebosaba.
Y pues se acuerda que al haber gustado
Fatal manzana, su progenie entera
Fué en ruina atroz con él precipitada;
Atrévese á exclamar enagenado:
[1] ¡Feliz culpa! ¡oh feliz! que mereciera
Por tan gran Redentor ser cancelada.
Mas ¡ah! yo soy el reo; llevar no debes
Esas llagas sanguíneas; esculpidas
Sean en mí; las merezco: ¡Oh cuál te veo!
Mas ¿yo quien soy? preciso es que las lleves;
Llévalas para siempre en tí imprimidas:
Solo ellas salvar pueden tan gran reo.
Al cielo en tanto numerosa asciende
Ya la pompa triunfal, que ha penetrado

1 Palabras que usa la Santa Iglesia en los oficios del Sábado Santo.

A esa santa Ciudad, límpida, clara;
A la que en vano penetrar pretende
La voz y el ojo del mortal cuitado,
Y ni el mismo silencio bosquejara.

CANTO XVIII.[1]

EL SACERDOTE.

TU ERES ETERNAMENTE EL SACERDOTE, SEGUN EL ORDEN DE MELQUISEDEC

(Ps. 10. v. 4.—Ad. Hebr. 6. v.—7. v. 17.)

Al fin nuestra salud estableciose;
Ya subió al cielo, y en su excelso trono
A la diestra del Padre Omnipotente
El Pontífice nuestro está sentado.
Rasgóse el velo que al mortal mezquino
El Santo de los Santos ocultaba,
Y entró la luz á ese recinto oscuro,
Y nos precede, y márcanos la senda
El que primero entró gran Sacerdote
Un lugar allí mismo á prepararnos.
Restablecidos al fulgor antiguo
Fuimos los que Adan por la nativa
Mancha afrentosa, en duelo y llanto eterno
Debiéramos, por siempre sumergidos,
Ser arrojados del sublime empíreo
En perpetuo destierro irrevocable.
Aunque El es Dios, la imágen verdadera
Del Padre sempiterno; sus fulgores
Quiere eclipsar, y del humano cuerpo

1 El canto XVIII del texto original se omitió en esta version según en las advertencias preliminares dejo indicado, aunque la numeración siguió corrida.

Del frágil barro del mortal vestido;
De su Padre prostérnase ante el trono,
Y todo anodarse no rehusa:
Pues de otro el ponderoso cargo.
De Pontífice sumo no pudiera
Desempeñar y desarmar la diestra
Del Padre vibrador del rayo ardiente.
Mas todo con el hombre se nivela,
En su barro apagando sus fulgores;
Ni se afrenta en llamarnos (¡oh! admirable
Dignación inaudita) sus hermanos,
Y lo que es más nombrarnos sus amigos; [1]
Y estos dos cargos plenamente llena
Que á nombres tan amables corresponden.
Se avanza más: y como Sacerdote
De sus hermanos y Fiador, Él mismo
De su Padre ante el trono se presenta;
Promueve nuestra causa, y suplicante
Intercepta sus dardos vengadores.
Siendo El de santidad límpido espejo,
El Santo de los Santos, cual su Padre,
[Mi mente al ponderarlo se horroriza]
Sufre que se le carguen nuestras culpas,
Grandes infames, ni se afrenta en que ellas
Se le impúten cual suyas. Y el Dios santo
A quien nunca la sombra de la mancha
Ha empañado su brillo; voluntario
Cual reo ya comparece; y oprimido
Del peso abrumador de nuestras culpas,
Se angustia, ya sucumbe, y el bochorno
Viene á abatir su coronada frente.
Se halla el Padre á aquel lado; está el humano
Linaje á este, que lo acosa y urge;
En medio el Hijo. Exige inexorable
Fatal venganza el Padre, y sus divinos
Honores defraudados por el crímen,
Su ajada Majestad firme reclama.
Por otra parte, empero, los humanos
Lágrimas de dolor tristes vertiendo

1 A primera vista parece que es más el título de hermano que el de amigo; pero examinando esto; aparece que, aunque en el orden natural es mas *hermano* que *amigo*; sin embargo en el orden moral es de más importancia el nombre de *amigo*, porque el de este no nos lo proporciona la naturaleza, sino el estudio de las cualidades y dotes que adornan á una persona, por lo que en cierta manera se hace acreedora por su mérito á nuestra amistad.

Entre ayes y gemidos; suplicantes
Imploran el perdón, clemencia imploran:
Y del Fiador bajo la fuerte egida
Tímidos se guarecen, y del Padre
Lo exponen como blanco á los rigores.
¿Qué hará, pues, Cristo? Apelará de nuevo
A los antiguos expiatorios ritos,
Y sangre derramando en abundancia
De tiernos corderillos; reverente
Del gran Jehová se postrará ante el trono,
E intentará aplacarlo, en sus altares
Machos cabríos y toros inmolando?
¿Y á qué todo esto? ¿Comerá estas carnes
Dios por ventura y beberá esa sangre?
Débiles elementos todo esto era,
Sombras, tenues emblemas del futuro:
Fuerza alguna en sí mismos no tenían;
Ni podían agradar al Dios Supremo,
Ni levantr un tanto la abatida
Lánguida frente del linaje humano,
Ni auxilio alguno ó medicina darle.
Preciso es, sin embargo, es necesario
Que haya aquí alguna víctima sangrienta;
Sólo la sangre aplacará al Eterno.
Esto representaba aquel antiguo
Ceremonial que á la nación hebrea
El gran Legislador impuesto había.
Una á una fielmente á esto miraba
Cuánta víctima el suelo y los cuchillos
Tiñera con su sangre; y así mismo,
Que todo con la sangre se debía
Rociar según la ley, y mancha alguna
No podía sin la sangre cancelarse.
Así es por cierto. Pero qué hostia hubiera
Qué víctima podría dar un alivio
Al hombre vil por tierra derribado?
Qué víctima, cuál de ellas pretendiera
Tanto valer, que al mismo Dios, propicio
Hacernos alcanzara, con El mismo,
Compitiendo en valor, y restituirle
Su altamente ultrajado honor y gloria?
Sólo el Hijo, sólo él. De esto fué emblema
El primer Padre del hebreo linage,
Que por orden de Dios ya se aprestaba,
De un alto monte en la elevada cumbre;

A descargar su temblorosa mano
De fierro armada, sobre la cabeza
De su tierno hijo único, que atado
Ya estaba sobre el rogo que debía
Consumir á la víctima inmolada,
El inocente Isaac; quien voluntario
Al puñal ya su cuello sometiera,
Después que aun en sus hombros trasportara
El haz de leña para el holocausto,
Todo como en un símbolo y figura.
Tanto el Supremo Padre ha amado al mundo,
Que á su mismo Unigénito mandonos
Para que él celebrara eterna alianza
Sellada con su muerte ignominiosa.
Unica salvación aquesta era
Del mísero mortal: sólo tal muerte
La vida devolverle habría podido;
Y quimérica fuera otra esperanza.
El Hijo en tanto que es el Sacerdote
Y la víctima misma; ya impaciente
Por cumplir arde la misión paterna,
E impulsar más allá su amor inmenso;
Y que el torrente de su amor, sin dique
Ya se desborde, rebosando vida,
Sobre el linage humano. Por lo mismo
Entregarse no busca á fácil muerte.
Mas quiere que ella, armada de furores
Y de ignominias, cruda en él se ensañe:
Quiere ser el escarnio y el oprobio
De sus mismos contrarios, y que se harten
En los raudales de su sangre pura,
Y arrebatado ser por los verdugos;
Y suspendido en un sangriento tronco,
Su espíritu exhalar entre tormentos.
Así fué con su sangre establecida
Entre Dios y los míseros mortales
Esta alianza de paz: quedó extinguida
La antigua enemistad, y aun su recuerdo
Jehová quiere borrar eternamente:
Y en un profundo grato olvido el Padre
Ya aplacado reposa inamovible.
Así el Hijo, al morir, sus herederos
Nos hizo por su sangre, hasta su trono
Encumbrando á la humana descendencia.
Mas se anticipa, y preludiar queriendo

A su afrentosa muerte; el cargo empieza
De sacerdoté; y en la misma noche
Que debía á sus verdugos entregarse:
Sacrifícase él mismo, en aquel rito
Y forma misteriosa, que teniendo
Melquisedec presente ante su vista,
(Sacerdote de Dios, Rey de los hombres;)
En pan y vino al Todopoderoso
Ofrecia un sacrificio, En él se calla
Todo linage, toda descendencia,
No sin misterio; como sombra y tipo
Muy marcado de aquel que es de su Padre
Sin madre alguna, altísima Progénie,
Y de madre castísima, sin padre,
El Hijo sempiterno. Por tal causa
El mismo Abrahám, patriarca esclarecido,
Homenaje le rinde, y cual tributo
Las décimas le dá de cuanto tiene;
Cierto que de los dones celestiales
Sería por él colmado á manos llenas,
La diestra al extender sobre su frente.
Porque ya desde entonces conocía
A Cristo en esa imágen como augusto
Gran Sacerdote. El mismo que aun ahora
Hostia digna en el Pan á Dios se ofrece,
Y en los altares es sacrificado,
Por donde quiera el sol vibra sus rayos
Al nacer ó morir, ya recorriendo
El antiguo hemisferio conocido,
O el nuevo, antes cerrado á sus fulgores.
Aquí verdugos no hay, que con enorme
Crimen, de sangre tíñanse las manos:
Lejos, lejos el crimen. Mas la misma
Víctima al Dios Supremo aquí se ofrece,
Y que en cierta manera se destruye
Al golpe de la muerte, en semejanza
De aquella que otro tiempo por el hombre
Quiso amante afrontar. Pues de su cuerpo
Su sangre es separada en el instante
Que las palabras suenan, de consuno
Su muerte recordando. Y aun el mismo
Que en el vino y el pan presente estaba;
Allí ya cesa de existir tan luego
Como aquestas especies se destruyen.
Así á este amante, tierno cual ninguno,

De su muerte el recuerdo le es muy grato,
Y hacerse nuestra víctima incesante;
Aunque inmortal en el radiante Olimpo
Es el sumo y eterno Sacerdote.

CANTO XIX.

EL ESPOSO.

SE ACERCARON LOS DESPOSORIOS DEL CORDERO; Y SU ESPOSA YA SE ADEREZO

Apoc. 19, v. 14.

Hora entre las legiones inmortales
Yo ingerirme quisiera,
Y alzar mi canto no con voz humana;
Mas con aquellas notas celestiales
Con que la corte alada por doquiera
Sigue, entonando aquel sublime *hosanna*
De sus liras al son armonïoso,
Al Cordero sin mancha, al dulce Esposo.
Argumento sublime, indescriptible
Todo lo humano excede enormemente;
Y solo es accesible
A una divina mente.
Mas tú, Esposo divino, no por tanto
Con desprecio verás los pobres dones
Del rudo humano canto:
Pues las nobles angélicas legiones
Tú mismo á un lado hiciste
Y á nuestra estirpe mísera escogiste
Para estrechar con ella eterna alianza,
De amor eterno enlace, y bondadoso
La elevaste á tu tálamo grandioso.
Permite, pues, benigno

Que yo con labio indigno
A balbucear me atreva torpemente
Tema tan noble, y óyeme paciente.
Y si mi canto para tí importuno,
Y áspero fuere, será culpa tuya:
Pues sin medida, sin reparo alguno,
Tanto nos has amado;
Que del impulso de tu amor llevado,
Tales cosas hiciste,
Que ni la corte de tu gran palacio,
Que de seis alas rápidas se viste
Para surcar el infinito espacio;
Jamás podría este asunto, noble tanto
Con su vuelo igualar y con su canto.
¿Qué, pues, haré? lo que el amor me inspira;
Esto por tí al amor le será dable;
Y tú me escucharás, benigno, amable,
Como suenen los écos de mi lira:
O tú mismo señálame el camino,
Y abre mi mente á tu fulgor divino.
Enferma, triste, lánguida yacía
La progenie de Adán ya moribunda.
Su mismo Padre con su mano impía
Fué á despertar á la sañuda muerte,
Para hacerla más triste de esta suerte;
Y ella, herida profunda,
Grave, mortal causole,
Y en la más honda ruina sumergiole.
Fué aquella en el instante despojada
De aquel almo fulgor y lozanía
Con que fuera por Dios engalanada,
Y al mismo empíreo en resplandor vencía:
Toda débil sintiose y enervada;
Y una espesa calígine sombría,
Envolvió en negro nubarrón su frente;
Latió sin vida el corazón doliente.
Suena de rebelión un grito agudo
En su interior que se descompagina,
Y entra consigo en un conflicto rudo.
La dulce paz se ausenta;
Y la ansiedad, la angustia, los temores
Dentro suscitan tempestad violenta,
Y entregada al furor de Libitina;
Escuálida se arrastra y macilenta,
Y parecía que en ese triste estado